

ahogaba.... ¡Las conversaciones de sobremesa, en las que Paulina era devorada; las risas furtivas de Lázaro y Luisa; toda la casa ingrata y resbalando hacia la traición!

Si ella hubiera subido repentinamente, cuando una injusticia demasiado agresiva hería á su buen sentido, habríasele contado todo á la convaleciente; mas el temor de perjudicar á ésta refrenaba sus ímpetus, la hacía patalear en la cocina y descargar brutales golpes en las marmitas, jurando que aquello no podía seguir así, y que ella tendría que estar alguna vez.

Luego, cuando subía al cuarto de la señorita y se la escapaba alguna frase alusiva, procuraba recogerla y explicarla con torpeza que daba lástima y conmovía.

—A Dios gracias, el señor Lázaro no ama los esqueletos. ¡Bah! Ha estado en París, y tiene buen gusto.... ¡Ved, ved cómo acaba de echarla por tierra cual si arrojase una cerilla!

Y Verónica, temiendo soltar otras palabras inútiles, tomaba el plumero para acabar la limpieza; mientras Paulina, absorta en muda contemplación, seguía en el horizonte, hasta la noche, el vestido rosa de Luisa y el traje blanco de Lázaro, que se

destacaban entre las manchas negruzcas de los obreros.

Cuando la convalecencia terminaba, Chanteau fué acometido por violento acceso de gota, y Paulina se decidió á bajar, no obstante su debilidad.

La primera vez que salió de su cuarto fué para sentarse á la cabecera del lecho de su enfermo; así es que la señora Chanteau decía con cierto rencor que la casa era un verdadero hospital.

El pobre hombre hacía algún tiempo que no dejaba la *chaise-longue*, y por consecuencia de repetidas crisis, el mal subía de los pies á las rodillas, á los brazos, á las manos; la perla blanca de la oreja había caído, y otras mayores aparecieron en seguida: todas sus articulaciones se hinchaban, y la materia tofácea surgía bajo la piel en puntas blanquecinas semejantes á los ojos de un cangrejo.

Aquello era la gota crónica é incurable, la gota de la anquilosis, deforme y horrible.

—¡Dios mío, cuánto sufro!—repetía Chanteau.—Mi pierna izquierda está rígida como un palo, y no puedo mover el pie ni la rodilla.... Mi brazo está abrasando.... ¡Miralo!

Paulina le miró, y halló en el codo izquierdo un tumor inflamado, por lo cual el gotoso se quejaba

especialmente de aquella articulación, donde sentía un dolor insoportable.

No quitaba de los ojos su mano, una mano que daba lástima, con sus falanges erizadas de nudillos, con el dedo pulgar desviado y como magullado por un martillazo.

—¡No puedo estar así! ¡ayúdame! ¡había encontrado una postura tan cómoda!.... Si parece que me arañan los huesos con una sierra.... ¡Procura levantarme un poco!

Veinte veces en una hora tenía que cambiar de postura, y le agitaba ansiedad creciente cuando creía que iba á tener algún alivio.

Pero Paulina estaba poco fuerte aún, y no podía ella sola moverle.

—Verónica, cógelo suavemente conmigo.

—¡No, no!—gritaba él.—Verónica, no, porque me mueve demasiado.

Entonces Paulina tuvo que hacer un esfuerzo, bajo el cual sus hombros crujieron, y por ligeramente que movió al enfermo, éste lanzó un grito horroroso....

Verónica juraba que era necesario ser una santa como la señorita para no disgustarse de aquellos servicios de caridad, porque hasta Dios mismo huiría de tal hombre al oírle gritar así.

Las crisis, aunque menos agudas, no cesaban, llegando á ocasionarle una tortura sin nombre por efecto de la inmovilidad: no era sólo que un perro le atarazaba los pies, sino que todo el cuerpo le sentía magullado como por la presión de una piedra de molino: y no encontrando alivio en tal situación, ella no podía permanecer allí, sometida á los caprichos del gotoso, injusto y brutal con el sufrimiento, que la trataba á veces como á torpe criada, hablándola con furia.

—¡Calla, calla! ¡Eres tan bestia como Verónica! ¡Tienes manos de gendarme! ¡Déjame en paz! ¡No quiero que me toques!

Paulina, sin contestarle, con una resignación ejemplar, redoblaba su dulzura, y cuando veía que estaba muy irritado, ocultábase unos momentos detrás de las cortinas del lecho, para que se tranquilizase no viéndola.

Otras veces la pobre niña lloraba en silencio, no por las brutalidades del gotoso, sino por el abominable martirio que le hacía ser injusto, y oíalo hablar á media voz, sin interrumpir sus quejas.

—¡Se ha marchado! ¡no tiene corazón! ¡Ah! ¡Ya puedo morir, que no tendré á mi lado sino la Minucha para que me cierre los ojos! ¿Pero es posible

¡Dios mío! que se abandone de este modo á un cristiano? ¡Apuesto á que está en la cocina para beber una taza de caldo!

Después, gruñendo siempre con fuerza, se decidió á llamarla:

—¡Paulina, Paulina! ¿Estás ahí? Ven á ver si me alivias un poco, porque no puedo permanecer así.... A ver, vuélveme sobre el lado izquierdo, ¿quieres?

En ocasiones le animaban sentimientos de ternura, pidiéndola perdón por haber sido tan rudo con ella; hacía entrar á Mateo para estar menos solo, imaginándose que la presencia del perro era favorable á su mal; Minucha también le prestaba fiel compañía, porque ella adoraba los cuartos cerrados de los enfermos, y pasaba días enteros en un sillón, cerca del lecho.

Cada vez que Paulina acompañaba al doctor Cazenove, le suplicaba:

—¿No podríais hacerle una pequeña inyección de morfina? ¡Tengo despedazado el corazón por oírle!

El Doctor rehusaba. ¿Para qué la morfina? Pronto volvería el acceso, y con más violencia; y como el salicicato había agravado la enfermedad, no quería ensayar otra droga.

Sin embargo, hablaba del régimen lácteo para

cuando pasase el período agudo de la crisis, y hasta entonces, dieta absoluta y bebidas diuréticas.

—La verdad es—decía el médico—que este hombre es un glotón que paga bien caros los buenos bocados. ¡Ha comido muchas aves, porque se le ven las plumas! Tanto peor para él, porque ya le había prevenido.... Pero sería menos justo; hija mía, que vos recayeseis en el lecho. Sed prudente, ¿entendéis? porque vuestra salud exige todavía muchos cuidados.

Pero ella no se cuidaba: daba todas sus horas al enfermo, y la noción del tiempo, de la vida misma se la escapaba en los tristes días que pasaba de aquel modo, zumbando sin cesar en sus oídos las quejas y los gritos que hacían estremecer en el cuarto cerrado.

Y esta obsesión era tan grande, que Paulina se olvidaba de Lázaro y de Luisa, y apenas cambiaba con ellos algunas palabras, no encontrándoles sino en los raros momentos que ella estaba en el comedor.

Mas los trabajos de la presa habían sido terminados; y violentas lluvias impidieron á los jóvenes salir de casa por espacio de algunos días.

La señora Chanteau nunca pareció más ocupada que entonces: aprovechábase, decía, del trastorno

que reinaba en la familia durante la crisis de su marido, para revisar papeles, formar sus cuentas y poner en regla su correspondencia, encerrándose por la tarde en su cuarto, y dejando sola á Luisa, quien se apresuraba á subir á la estancia de Lázaro, porque tenía horror á la soledad....

Y hecha esta costumbre, los dos quedaban juntos y solos en la gran cámara del segundo piso, aquella cámara que había servido á Paulina, durante largos días, de sala de estudio y de recreo.

El angosto lecho del joven estaba medio oculto detrás del biombo; el piano tenía un dedo de polvo la ancha mesa desaparecía casi bajo montones de papeles, libros, folletos, y en medio de ella, entre dos paquetes de algas secas, se alzaba un modelo de la famosa presa, tan grande como infantil juguete, tallado en abeto con una navaja, que traía á la memoria la obra maestra del abuelo, aquel puente de madera que adornaba la chimenea del comedor, bajo cristalino fanal.

Lázaro se mostraba nervioso é irritable hacia algún tiempo: su cuadrilla de obreros le había exasperado, y acababa de despedirla, dejando abandonados los trabajos, y sin tener la satisfacción de ver planteado su proyecto.

Ocupábase ahora en otros proyectos para el porvenir, confusos todavía, obras en Caen destinadas á ponerlo en muy alta evidencia; pero no llevaba á cabo ninguna gestión seria, y caía en una ociosidad que agriaba su carácter, menos fuerte y menos valeroso de día en día; y este malestar se agravó con la recia sacudida que le imprimiera la enfermedad de Paulina, teniendo siempre singular excitación física, á la manera del que siente imperiosa necesidad de tomar revancha contra el dolor.

La presencia de Luisa irritaba más su fiebre, y sus mimos adúladores, su perfume de mujer coqueta, su mismo abandono amistoso y displicente, acabaron por marearle: llegó á ser presa de concupiscentes deseos, combatidos por escrúpulos....

Con una amiga de la infancia, y en casa de su madre, ¡imposible!.... y cuando la estrechaba en sus brazos, y ráfagas de ardientes soplos le hacían subir á la cabeza una oleada de sangre, la idea de la honradez le aflojaba bruscamente los brazos.

Y en aquella lucha no le detenía jamás la idea de Paulina. ¡Ella no hubiera sabido nada! ¡Un marido engaña á su mujer tantas veces!

Por la noche, imaginando historias fantásticas, después de despedir á Verónica no pudiéndola sufrir,

considerando á Luisa como una criadita en su casa, iba descalzo á buscarla.....

¡Que mal arreglada está la vida! Así exageraba él, de la mañana á la noche, su pesimismo sobre las mujeres y el amor: todo el cual procedía de las mujeres, que eran malas, ligeras, eternizando el dolor por el deseo; y cuanto al amor, era un engaño irritante, un impulso egoísta de las generaciones futuras que anhelaban salir á la vida.

Schopenhauer entero pasaba por su imaginación, con brutalidades que asustaban mucho á su amiga, y se ruborizaba al oirlas; y poco á poco la amaba más, una verdadera pasión se desprendía de aquellos desdenes furiosos, y se lanzaba al fuego de su nueva ternura con su ardor primero, siempre en busca de una felicidad que se le escapaba.

Luisa no sostuvo durante mucho tiempo sino un juego natural de coquetería, porque adoraba las atenciones minuciosas, las alabanzas aduladoras dichas al oído, el rumor amable de los hombres; sus sentidos de virgen dormían, y ella quedaba con las privaciones permitidas de una corte galante en cada minuto.

Cuando Lázaro la dejaba un instante para escribir una carta, ó bien para ensimismarse en una de sus

melancolías súbitas, sin motivo aparente, ella se consideraba como objeto de desdicha, y se burlaba de él, le provocaba, prefiriendo el peligro al olvido.

Más tarde, sin embargo, tuvo miedo, cuando el aliento del joven pasó como una llama sobre su nuca delicada; ella estaba muy instruída con sus largos años de pensionista en un colegio, para no ignorar nada de lo que la amenazaba; vivió desde entonces aguardando con delicia una ocasión, y á la vez asustada con el presentimiento de una desgracia posible; y no era que le desease, ni que razonara claramente, sino que contaba con huir del peligro en el momento preciso, aunque se exponía á él incesantemente.

Arriba, en la gran sala del segundo piso, Lázaro y Luisa quedaban solos, el uno para el otro; la familia cómplice parecía que anhelaba perderlos, él desocupado, enfermó en tal soledad, y ella conturbada por los detalles íntimos, los informes apasionados que la señora Chanteau daba continuamente de su hijo.

Refugiábanse allí con el pretexto de oír menos los gritos del padre, que se retorcia de dolor en el cuarto bajo, y allí pasaban los días sin abrir un libro, sin tocar el piano una vez, ocupados únicamente en ellos

mismos, aturdiéndose más y más en conversaciones íntimas é interminables.

El día en que el acceso de Chanteau llegaba á su paroxismo, la casa entera retemblaba con los gritos del gotoso, con sus lamentaciones prolongadas, desgarradoras, parecidas á los alaridos de una fiera que se degüella; y después del almuerzo, devorado rápidamente en medio de exasperación nerviosa, la señora Chanteau se retiró en el acto, diciendo:

—¡No puedo más! Gritaría yo también si aquí me quedase..... Si alguien me llama, estoy en mi cuarto, escribiendo..... Tú, Lázaro, lleva pronto á Luisa al tuyo, y encerraos bien en él, y procura alegrar á esta pobre Luisita..... porque verdaderamente ella está aquí muy divertida.....

Y se oyó en seguida que cerraba con violencia la puerta de su cuarto, mientras su hijo y la muchacha subían al de más arriba.

Paulina estaba al lado de su tío: ella sola conservaba serenidad, en su conmiseración por tantos dolores, queriendo dar al desgraciado el consuelo de no sufrir en el abandono, animándole á defenderse contra el mal, aunque sin dirigirle una palabra.

Durante largas horas permanecía sentada junto al lecho, y conseguía tranquilizar al gotoso con sus mi-

radas compasivas; pero aquella tarde, con la cabeza echada hacia atrás, el brazo extendido, destrozado el codo por el sufrimiento, ni siquiera la veía el desdichado, y gritaba más fuerte cuando ella quería aproximarse.

Hacia las cuatro, Paulina, desesperada y con el corazón oprimido, fué á la cocina para llamar á Verónica, dejando la puerta entornada porque debía regresar en seguida.

—Es necesario hacer algo—murmuró—y voy á ensayar compresas de agua fría..... El Doctor dice que eso es peligroso, pero que algunas veces tiene buen resultado..... Voy á buscar trapos de hilo.

Verónica tenía un humor endiablado.

—¡Trapos!..... Pues yo acabo de subir por torcidas, y me han recibido muy lindamente..... ¡Mil demonios! Será necesario desbaratar eso, según parece. ¡Caball!

—¡Si quisieras llamar á Lázaro!—repuso Paulina, que no comprendía aún.

Pero la doméstica, exaltándose, colocó los puños en las caderas, y exclamó con irreflexión:

—¡Ah, sí! ¡pues no están poco ocupados en atusarse la cara allá arriba!

—¿Cómo?—balbuceó la joven, que se puso muy pálida.

Verónica, asustada por el eco de aquella voz, y queriendo recoger la confidencia que se le había escapado, aunque la guardó todo el tiempo que pudo, inventaba una explicación, una mentira, y no encontraba nada razonable.

Apoderóse por precaución de las muñecas de Paulina, y ésta apartóse de ella bruscamente, y se lanzó á la escalera como una loca, tan arrebatada, tan convulsa de cólera, que la criada no se atrevió á seguirla, temblando ante aquel rostro pálido, blanca mascarilla que no reconocía.....

La casa estaba en silencio, durmiendo: sólo el alarido de Chanteau rasgaba aquel ambiente de muerte.

La joven, con un arranque de energía, llegó hasta el piso primero, y allí tropezó con su tía: estaba de pie la señora Chanteau, guardando la escalera, como un centinela, inmóvil, muda.

—¿Adonde vas?—preguntó.

Paulina sofocada, irritada por tal obstáculo, no podía responder.

—¡Dejadme!—logró al fin murmurar.

Y tuvo un gesto terrible que hizo retroceder á la señora Chanteau.

Luego, con otro esfuerzo supremo, subió al segundo piso, mientras su tía, como petrificada en la

escalera, sin lanzar un grito, acabó por levantar los brazos.

Tal esfuerzo de exaltación furiosa era un estallido de tempestad en la suave dulzura de su carácter, uno de aquellos accesos que tuvo cuando era niña, que la dejaban exánime, y que no le acometían desde hacía largos años; pero el huracán de los celos, soplando rudamente, los había evocado, y en vano ella misma hubiera querido contenerse.....

Paulina, cuando llegó frente á la puerta del cuarto de Lázaro, arrojóse sobre ella de un salto; la llave se dobló; las dos hojas chocaron en las paredes..... y lo que pudo ver acabó de enloquecerla.

Él, Lázaro, tenía á Luisa arrimada contra el armario, y la comía á besos la barba y la garganta; ella, Luisa, desfallecida, anhelante, se abandonaba.

Quizás habían empezado por un juego, y el juego acababa mal.

Hubo un momento de estupor.

Los tres se miraron.

Paulina fué la que gritó:

—¡Ah! ¡ramera! ¡ramera!

La traición de aquella mujer la exasperaba: con un gesto de desprecio hizo separarse á Lázaro, como á un niño cuya debilidad se conoce; pero aquella

mujer que la tuteaba, aquella mujer le robaba su marido mientras ella cuidaba á un enfermo....

Y la tenía cogida por los hombros, y la movía, con vehementos deseos de pegarla.

—Dí, ¿por qué has hecho eso? ¿Has cometido una infamia! ¿entiendes?

Luisa, desatinada, con los ojos vacilantes, balbuceaba:

—Es él quien me tenía, quien me quebrantaba los huesos....

—¿Él? ¿pues haberle rechazado! Habriase deshecho en lágrimas si le hubieses únicamente empujado....

Azotaba más su rencor la vista de la sala, el cuarto de Lázaro, donde ambos se habían amado, donde ella también sintió hervir la sangre de sus venas con el soplo ardiente del joven....

¿Qué haría con aquella mujer para vengarse?

Él, estúpido y cobarde, se decidió por fin á intervenir cuando Paulina empujó tan brutalmente á Luisa que los hombros de ésta chocaron contra el armario.

—¡Toma! Tengo miedo de mí misma.... ¡Vete, vete!

Y desde entonces sólo pronunció esta palabra; persiguióla á través de la sala, arrojóla al pasillo, la

hizo bajar la escalera abofeteándola con el mismo grito:

—¡Vete, vete!.... Coge tus ropas y vete....

Pero la señora Chanteau estaba en la meseta del primer piso; la rapidez de la escena no le había dado tiempo de interponerse, mas hizo un gesto imperioso á su hijo para que se encerrara en el cuarto, y después intentó calmar á Paulina aparentando la mayor sorpresa.

Esta, después de haber perseguido á Luisa hasta su dormitorio, seguía repitiendo:

—¡Vete, vete!

—¡Cómo! ¿que se vaya? ¿has perdido la cabeza?

Entonces la infeliz muchacha tartamudeó la historia....

La repugnancia la sublevaba, y era aquella ante su recta conciencia el hecho más vergonzoso, que no merecía excusa ni perdón, y cuanto más pensaba en él más se arrebataba por su misma aversión á la mentira y por la fidelidad de su ternura.

—¡Vete! ¡Haz tu maleta inmediatamente! ¡Vete!

Luisa, trastornada, no encontrando una palabra de defensa, abrió un cajón de la cómoda para sacar sus camisas, cuando la señora Chanteau se incomodó.

—¡Quieta, Luisita! ¿No soy yo dueña de mi casa? ¿Quién se atreve á mandar aquí, y se permite des- pedir á la gente? ¡Esto es odioso! ¡No estamos en un mercado!

—¿Pero no has escuchado?—gritó Paulina.— Acabo de sorprenderla allá arriba con Lázaro..... Él la besaba.....

La madre se encogió de hombros.

—¡Pues si estaban jugando! ¿Qué mal hay en eso? ¿Acaso cuando tú estabas en cama y él te asistía lle- gábamos los demás á olfatear lo que podíais hacer los dos?

Entonces la excitación de la joven se calmó: ella quedaba inmóvil, pálida, aturdida por aquella de- nuncia que se volvía contra sí misma.

¡He ahí que se transformaba en culpable! ¡He ahí que su tía daba á entender que creía en sucesos ver- gonzosos!

—¿Qué quieres decir?—murmuró.—¡Si hubieses pensado eso, no lo habrías tolerado en tu casa!

—¡Eh! ¡Ya sois bastante crecidos! Pero yo no en- tiendo que mi hijo acabe en la disipación..... Deja tranquilas á las personas que pueden todavía hacer honradas mujeres.

Paulina se quedó un instante muda, con las mira-

das de sus grandes y puros ojos clavadas en la se- ñora Chanteau, que apartaba las suyas.

Luego subió á su cuarto, diciendo con voz firme:

—¡Está bien! ¡Marcharé yo!

El silencio volvió á reinar, un silencio pesado en que la casa entera parecía envolverse, y en medio de la paz repentina subían de nuevo los ayes del gotoso, un gemido de bestia que agoniza ya abandonada, y subían sin tregua, destacándose de todos los ruma- res, cubriéndolos con sus ecos.

Ya la señora Chanteau deploraba la sospecha que se le hubo escapado: comprendía que la injuria era irreparable, y experimentaba inquietud con la idea de que Paulina pusiera en ejecución su amenaza de marchar inmediatamente.

Con tal cabeza (pensaba) todas las aventuras eran posibles; mas ¿qué se diría de ella y de su marido si la joven pupila erraba por los caminos, relatando la historia de su rompimiento? Quizá se refugiaría en casa del doctor Cazenove, y esto produciría ho- rrible escándalo en el país.

Y además de aquel embarazoso asunto, la señora Chanteau tenía miedo cervical á la vida pasada, el temor del dinero perdido que podía levantarse con- tra ellos.

—No llores, Luisita—repetía excitada por la cólera.—Ya ves cómo hemos quedado en buena actitud por su culpa..... Pero con estas violencias á diario no es posible vivir con tranquilidad. ¡Ya arreglaré esto!

—Os ruego—interrumpía Luisa—que me dejéis partir..... Sufriría yo mucho si me quedase..... Ella tiene razón: quiero partir.

—De ningún modo esta tarde, porque es preciso que yo te entregue á tu padre..... Espera, quédate en tu cuarto, que voy á subir á ver si ella está haciendo su maleta.....

Suavemente la señora Chanteau acercó su oído á la puerta del cuarto de Paulina, y oyó á ésta andar con paso ligero, abriendo y cerrando muebles.

Su primer idea fué entrar y pedir una explicación, que se ahogaría en llanto; pero tuvo miedo, porque sentíase humillada, vacilante, llena de rubor en presencia de aquella niña.

Esto aumentaba su odio, y en vez de entrar, bajó á la cocina recatando sus pasos, porque la asaltó una idea feliz.

—¿Has oído el bullicio que la señorita ha hecho esta tarde?—preguntó á Verónica, que estaba fregando rabiosamente las cacerolas.

La criada, con la vista fija en la greda, no respondió.

—¡Se está haciendo insufrible! Yo no puedo obtener nada de ella..... Figúrate que ahora quiere dejarnos, y arregla á toda prisa su maleta..... ¿Quieres subir á su cuarto á intentar que se dé á razones?

Y como ella tampoco lograra respuesta, dijo:

—¿Eres sorda?

—Si no respondo, es porque no quiero—gritó Verónica bruscamente, fuera de sí, en actitud de friccionar una palmatoria hasta desollarse los dedos.— ¡Tiene razón en marcharse! Yo, en su lugar, hace mucho tiempo que hubiera dejado libre el campo.

La señora Chanteau escuchaba con la boca abierta, estupefacta ante aquella oleada desbordada de palabras.

—Yo, señora, no soy charlatana, y es menester provocarme para que hable y lo diga todo..... La hubiera tirado al mar el día en que vos recogisteis esa muchacha, pero no puedo sufrir que se haga daño á las gentes, y todos la martirizáis de tal manera que concluiré por estirar las orejas al primero que la toque..... ¡Ah! si yo quisiera, sabría ella buenas cosas..... Si, si, todo el mal que la habéis hecho con vuestra apariencia de honradas gentes.....